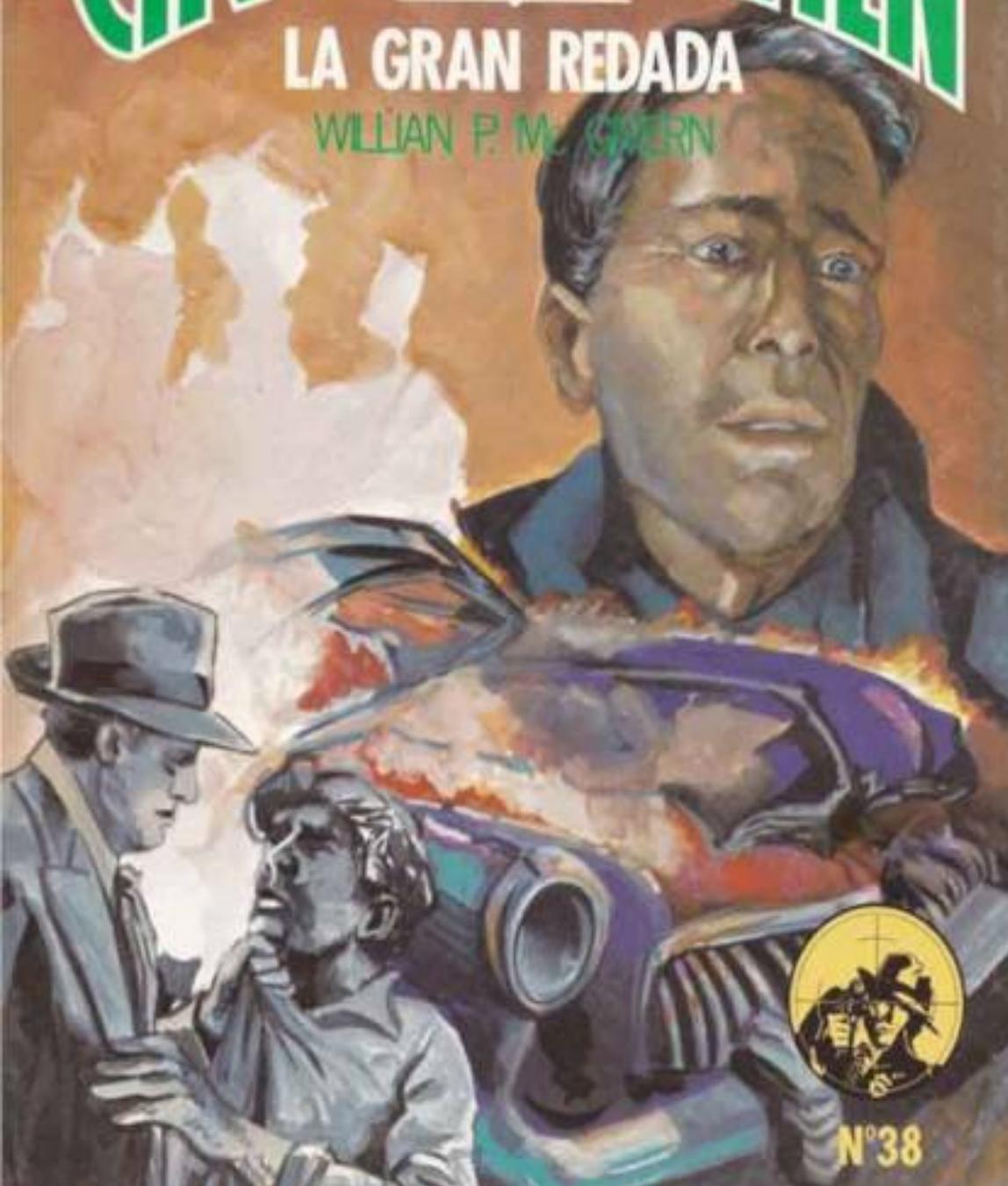


# CIRCULO DEL CRIMEN

LA GRAN REDADA

WILLIAN P. Mc GVERN



El caso comenzó de una forma banal, con el lamentable suicidio de un policía preocupado, al parecer, por su estado de salud. Esa era, al menos, la versión de la esposa. Pero la amante, empleada en un *cabaret*, tenía una opinión muy distinta de lo que había sucedido. Cuando la muchacha fue asesinada, el detective Dave Bannion ya no pudo dudar más y se lanzó a una lucha sin cuartel contra los criminales y los policías deshonestos que les ayudaban.

A EARL SELBY

*Del «Filadelfia Evening Bulletin»,  
con mi agradecimiento*

## 1

Eran las ocho de la noche cuando sonó el teléfono. Uno de los detectives levantó el auricular y dijo:

—Aquí Departamento de Homicidios. Neely al habla.

Escuchó un momento entornando algo los ojos por causa del humo que ascendía enroscándose del extremo del cigarrillo que tenía en los labios.

—De acuerdo. Enviaremos a alguien en seguida —manifestó. Dejó el cigarrillo en el borde lleno de quemaduras de su mesa y tomó un lápiz.

—¿Me da su nombre y dirección? —preguntó.

Se volvió a poner el cigarrillo en la boca y empezó a escribir en un bloc de notas.

En la amplia, destartalada y brillantemente iluminada habitación había otros tres detectives. Dos de ellos jugaban a las cartas en una mesa junto a la larga serie de archivadores de color verde. El tercero, un hombre alto y bien vestido, de rostro alargado e inteligente, paseaba con las manos a la espalda. En un banco, justo en la parte interior del mostrador de madera que corría a lo largo de la estancia, permanecían sentados un policía de uniforme y un negro. Este, joven y de complexión sólida, parecía como si quisiera esconderse dentro de su modesto traje marrón.

Los jugadores de cartas interrumpieron el juego, miraron a Neely, quien recogía la información con el ceño fruncido. Uno de ellos, llamado Carmody, de facciones cansa-

das y hundidas y el cráneo casi calvo, miraba por las ventanas. La lluvia chorreaba por los cristales en lentas y finas láminas.

—Era de suponer que algo sucedería —dijo.

Su compañero Katz, hombre robusto con la cara curtida de un boxeador de segunda categoría, se encogió de hombros.

—Siempre pasa algo en noches como ésta —apostrofó con voz suave.

El detective que estaba paseando sonrió.

—Por desgracia, tengo que hacerme cargo de éste —dijo señalando con un movimiento de cabeza al robusto negro—. De no ser así me hubiera gustado acompañarles, caballeros, en su pequeña excursión bajo la lluvia.

—De acuerdo, Burke. Estoy seguro de que te hubiera gustado —manifestó Carmody.

Neely, el detective sentado a la mesa, de baja estatura y cabello rojizo, con cara de fox-terrier, colgó el teléfono y se dio la vuelta en su sillón giratorio. Miró al reloj que estaba en la pared sobre los archivadores y preguntó:

—¿Cuándo dijo Bannion que volvería?

Todos miraron al reloj.

—Sobre las ocho —respondió Blake. En aquel momento pasaban algunos minutos de la hora—. Se encontraba en la Diecinueve cuando llamó para decir que venía hacia acá.

Neely tamborileó con los dedos sobre la mesa, frunciendo el ceño.

—Bueno, ¿qué pasa? —quiso saber Burke.

—Era la esposa de Tom Deery —respondió Neely—. Según me ha dicho, su marido se acaba de suicidar. Se ha pegado un tiro.

—¡Diantre! —exclamó Carmody.

—Trabajaba en la oficina del superintendente, ¿verdad? —preguntó Burke con interés.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así? —comentó Katz con su voz suave.

—Quizás estaba harto de pagar facturas —replicó Carmody.

—¡Caray! Eso no es motivo.

—Pues entonces, no lo sé —dijo Carmody pasándose una mano por el cansado rostro—. No me había comunicado sus proyectos.

Neely miró al reloj.

—Esperaré unos minutos más a Bannion —dijo—. Querrán un informe completo sobre el caso.

—Sí. Siempre lo piden cuando se trata de un policía —expresó Burke reanudando sus paseos.

Carmody encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo. El silencio quedaba roto solamente por el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas. Un silencio expectante e inquieto.

La muerte de un policía significaba, sencillamente, poner una colgadura negra en la puerta de la comisaría, manteniéndola allí una semana o más; la publicación de una gaceta en la prensa local y el envío por parte del alcalde y del capitán de la unidad de una nota de condolencia a la familia. Pero un suicidio era otra cosa. Significaba que el agente había sido un pusilánime, un neurótico o un loco; es decir, un ser completamente inadecuado para dedicarse a proteger las vidas y haciendas de los otros ciudadanos. E incluso podía significar aún algo más grave: un peligro en potencia para el compacto complejo que formaba el Departamento de Policía.

—Era un buen chico —dijo Burke paseando lentamente—. Una persona agradable y sincera.

—Eso es lo que siempre oí decir de él —añadió Carmody. Y mirando al reloj preguntó—. ¿Cómo es que llama su propia esposa, Neely?

—Porque conoce cómo funciona la Policía —respondió el aludido—. Primero ha llamado a la Central y luego a nosotros. Sabe que solemos investigar la mayoría de los suici-

dios. La Central llamará a la comisaría del distrito de un momento a otro.

Volvieron a quedar todos en silencio mirando el altavoz instalado en la pared. Había permanecido callado durante unos minutos. Pero ahora, como si el comentario de Neely lo hubiera puesto en marcha, dejó escapar un carraspeo metálico y la voz incolora del locutor anunció:

—Nueve ochenta, nueve ochenta y uno, informe.

—Me parece que ese es su distrito —dijo Carmody—. Deery vivía en el Noventa y Ocho, Oeste, ¿verdad?

—En efecto —aclaró Katz—. En Sycamore Street. Enviarán la ambulancia y el coche del sargento hacia allá.

El locutor de la Policía conectó con los vehículos a los que había llamado para informarles y les dio sus órdenes:

—Ingreso en hospital, cincuenta y ocho sesenta y uno, Sycamore Street.

—¡Ingreso en hospital! —dijo Neely soltando una breve risita. Golpeó con los dedos sobre la mesa y miró al reloj.

Las puertas dobles de la Sección de Homicidios se abrieron y un hombre joven cubierto con un impermeable mojado entró y rodeó el mostrador. Miró a los tres detectives observando la expresión de sus caras.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—La esposa de Tom Deery acaba de llamar —le respondió Neely—. Dice que Tom se ha matado hace cosa de quince o veinte minutos. Se pegó un tiro.

—¿Usted le conocía, verdad, Bannion? —preguntó Burke.

—Claro que le conocía —respondió Dave Bannion lentamente, mientras se quitaba el impermeable y lo dejaba sobre el respaldo de una silla.

Era un hombre robusto, de amplios hombros y de treinta y pico de años, con las facciones bronceadas y suaves y unos ojos grises de mirada tranquila. Si se mantenía aislado no parecía tan robusto, pero cuando Burke, que era también muy alto, pasó junto a él, la corpulencia de Bannion se

puso de manifiesto claramente. Sobresalía algunos centímetros más que Burke y sus cien kilos de peso estaban perfectamente distribuidos sobre una enorme y apuesta estructura.

—¿Tenía hijos Deery? —preguntó Burke.

—No, no lo creo —repuso Bannion.

Había conocido a Deery, aunque sólo de la manera superficial como conocía a docenas de otros agentes en el Departamento de Policía. Deery fue un hombre esbelto, de pelo gris, con una expresión inteligente y alerta en un rostro, por otro lado, sin ninguna particularidad. Bannion había pasado junto a él muchas veces en el vestíbulo, se habían saludado, y habían comprobado asuntos de servicio en varias ocasiones; mas, aquello fue todo lo concerniente a su relación.

Bannion miró a Neely.

—Voy a acercarme hasta allá —dijo—. Si quiere, Burke, puede venir conmigo.

Pero Burke señaló al negro y repuso:

—Tengo este asunto, Dave. ¿Quiere que lo deje?

—¿De qué se trata?

—Puede ser el que mató al empleado del surtidor de gasolina la semana pasada en el North East. Los detectives de la Diez le han detenido y le han mandado aquí.

—¡Yo no he matado a nadie! —protestó el negro poniéndose en pie, y moviendo espasmódicamente sus amplias y huesudas manos, mientras volvía la cabeza de un lado a otro y sus ojos se fijaban en cada una de las caras de los reunidos con expresión temerosa y desafiadora.

—¡Siéntate! —le ordenó el policía uniformado.

Burke sonrió a Bannion con expresión amable.

—Lo averiguaría en diez minutos con sólo que me dejaran... —pero se detuvo al ver la expresión que se pintaba en el rostro de Bannion—. Bien, bien. Ha sido sólo una idea pasajera —añadió encogiéndose de hombros exageradamente.

—No permito esas cosas en mi turno de servicio —dijo Bannion.

—Bueno, bueno —convino Burke.

Bannion se acercó al negro, que pareció reconocer que le dejaban un respiro.

—Sólo quiero que nos digas la verdad —le indicó Bannion—. Si no has hecho nada, no tienes por qué preocuparte. Pero si lo has hecho, lo sabremos. Acuérdate de lo que te digo.

—¡Yo no he hecho nada! —repitió el negro excitado—. Estaba paseando...

—Bien. Ya hablaré contigo cuando vuelva —manifestó Bannion—. Ahora no tengo tiempo. Quédese con él, Burke —miró a Katz y a Carmody—. Bueno. ¿Algún voluntario?

Carmody suspiró.

—Vendré yo —dijo—. La mujer de Katz pondría el grito en el cielo si lo viera llegar a casa con los pies mojados.

—¡Ja, ja! —se rió Katz, aunque sin ganas, empezando a prepararse una partida de solitario.

El Departamento de Homicidios estaba en el primer piso del Ayuntamiento, y a sus lados figuraban las secciones de Juego Ilegal y de Represión del Vicio. Bannion recorrió el largo, amplio y polvoriento pasillo, caminando por delante de Carmody y saludando de vez en cuando a los detectives y agentes que entraban para empezar su servicio. Salieron del edificio por una puerta lateral y atravesaron el frío y ventoso espacio que los condujo al *parking* reservado para los coches de la Policía. Cuando cruzaban la acera, la lluvia cayó sobre ellos con tal fuerza que les obligó a coger con fuerza el ala de sus sombreros y correr. Una vez en el coche Bannion se situó tras el volante y abrió la portezuela derecha para que entrara Carmody, quien se sentó jadeando y temblando.

—Siempre han de pasar estas cosas en noches así, ¿eh, Dave? —preguntó con disgusto.

Thomas Francis Deery había vivido en la parte Oeste de la ciudad, en una casa de vecinos de tres pisos situada en una calle residencial con árboles en las aceras. Cuando Bannion llegó, pudo ver un coche rojo y una ambulancia de la Noventa y Ocho detenidos frente al edificio y a un policía de uniforme vigilando el vestíbulo. Llovía torrencialmente, sin embargo, media docena de personas se habían reunido en la acera contemplando los coches patrulla y el edificio.

Bannion hizo una seña al agente de servicio en el vestíbulo cuya capa impermeable brillaba mojada por la lluvia.

—Es en el primer piso, sargento —dijo el agente, saludando a Bannion.

—Gracias.

La puerta del piso de Deery estaba abierta y dos robustos hombres de la ambulancia se hallaban en el vestíbulo charlando, mientras la lluvia resbalaba de sus impermeables y caía al suelo de madera, pulcramente pulimentado. Un hombre alto que llevaba impermeable negro salió de una puerta a la derecha y les dijo:

—De acuerdo. Ya os lo podéis llevar.

—¡Un momento! —intervino Bannion. No conocía al hombre del impermeable negro, pero supuso que se trataba de un detective de la Noventa y Ocho—. Somos de Homicidios.

—Pues han venido para nada —dijo el del impermeable negro sonriendo—. Esto no es para ustedes, muchachos. Me llamo Karret, Noventa y Ocho, Sección de Detectives —Bannion se presentó y se estrecharon la mano—. He oído hablar de usted —expresó Karret todavía sonriente mirando a Bannion de arriba a abajo y de derecha a izquierda—. Me dijeron que era corpulento y veo que no se equivocaron.

Bannion estaba acostumbrado a aquella clase de comentarios, que no le importaban en absoluto. Siempre se

había hecho notar por su fortaleza, tanto en el Instituto como en la Universidad y en los equipos de fútbol. Sonrió a Karret y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Está ahí dentro —indicó Karret conduciéndoles a la habitación situada a la derecha del vestíbulo.

El cadáver aparecía tendido sobre un costado, recogido sobre sí mismo, frente a una mesa escritorio colocada bajo una ventana con cortinas. Bannion se arrodilló y examinó la herida en la sien derecha, y el revólver que aún seguía en la diestra del muerto. La herida tenía muy mal aspecto y el revólver era un «treinta y dos» niquelado y con las cachas negras. Después de unos momentos, Bannion se puso en pie y miró a su alrededor tomando nota automáticamente del contenido y la disposición del cuarto. Vio que el escritorio estaba colocado en perpendicular a la ventana para una mejor iluminación y que había en él una máquina de escribir portátil y una caja de madera para correspondencia, medio llena de papeles. Un amplio y cómodo sofá para lectura se hallaba en un rincón y junto a él había una lámpara de pie. En la pared opuesta se veían unas cuantas librerías puestas en fila. Sobre ellas pendían tres cuadros con grabados de Audubon y en el escritorio junto a la máquina de escribir, estaba colocado un cenicero de cristal con media docena de colillas. Era una estancia agradable, un lujo que un hombre sin hijos podía permitirse en un pequeño piso de ciudad.

—Parece como si estuviera arrodillado cuando se disparó —observó Karret señalando el cuerpo—. El modo en que el cuerpo se curvó, así lo indica.

Bannion comprobó la ventana y vio que estaba cerrada. Se apartó de allí y miró el resto de la habitación.

—¿Dónde está la señora Deery? —preguntó.

—En la salita.

—¿Qué dice de todo esto?

—Nos ha contado que su marido entró aquí después de cenar. Ella se quedó en la cocina fregando los platos, y luego se trasladó al saloncito para escuchar la radio. Media hora después oyó el disparo, entró y encontró a su marido tal como lo vemos ahora.

—¿Dejó alguna nota escrita?

—No; no hay nada.

Bannion se echó el sombrero hacia atrás, se sentó en el escritorio de Deery, y estuvo mirando los papeles de la caja de Correspondencia. La mayoría eran facturas, unas cartas de ventas y una nota personal de un amigo en Hashville con fecha de la semana anterior. El amigo, cuyo nombre era Mort Chamberlain, pedía perdón por no haber contestado con anterioridad a la carta que Deery le había escrito cuatro meses atrás. Explicaba que había estado muy ocupado con su oficina y su familia y luego hacía una broma indicando que su pereza era en realidad la única culpable del retraso. No había gran cosa más en la carta. Parecía una de esas fútiles y despreocupadas tentativas para mantener vivo algo que había dejado de existir mucho, mucho tiempo atrás.

—Ya les he dicho que han hecho el viaje en balde —insistió Karret.

—En efecto. Esto no es cosa nuestra —convino Bannion—. ¿Tiene la señora Deery alguna idea de por qué su marido obró así?

—Afirma que últimamente no se encontraba bien y que se sentía muy preocupado —respondió Karret.

—Bien. Ésa debe ser la causa —afirmó Bannion.

Estuvo mirando con detenimiento los cajones del escritorio sin buscar nada en particular, siguiendo sencillamente su metódico y usual sistema de trabajo. Encontró dos pólizas de seguro, cada una por cinco mil dólares y a favor de Mary Ellen Deery; las matrices de dos talonarios de cheques con las anotaciones escritas de una manera muy pulcra, y un sobre que contenía unas cuantas circulares del De-

partamento en las que se aclaraban algunos conceptos relativos a pensiones de los policías, tiempo de vacaciones y otras cosas. Había también una caja de clips, algunos lápices y papel para correspondencia. Y eso era todo. Bannion cerró los cajones después de volver a poner cada cosa donde la había encontrado, y levantándose, se acercó a mirar los libros de las estanterías. La mayoría eran colecciones corrientes sobre historia, biografía, las novelas de Scott y Dickens y una se lección de títulos del Club del Libro.

Notó que había un estante con relatos de viaje y que los volúmenes aparecían muy manoseados. Tomó un par de ellos y los ojeó, preguntándose distraídamente por aquella afición de Deery. En los márgenes había notas escritas a lápiz por aquél y Bannion se sintió inmediatamente interesado. A su modo de ver, no había nada que resultara más revelador en potencia que las reacciones honestas y espontáneas de un lector de libros. Sin embargo, los comentarios de Deery eran simple rutina. Refiriéndose a la descripción de una corrida de toros había puesto: «Esto no es para mí», y ante ciertas estatuas vulgares en Pompeya, comentaba: «Parecen muñecos de feria».

—Leía mucho —dijo Karret haciendo una señal de asentimiento.

—Así parece —contestó Bannion.

Aquellos libros le parecían en extremo curiosos. Estuvo mirando unos cuantos más, poniéndolos bajo la luz para leer los comentarios marginales de Deery antes de volverlos a su lugar en el estante. No eran la clase de libros que uno hubiera esperado encontrar en la biblioteca de un oficinista de la Policía. En realidad, lo raro era que un hombre así tuviera biblioteca.

—¿Va a hablar usted con su esposa? —preguntó Karret.

—Creo que sí —repuso Bannion—. ¿Cómo ha reaccionado ante el hecho?

—Muy bien. No demuestra estar alterada. Una mujer de carácter —respondió el otro señalando con la cabeza hacia

la puerta cerrada que se hallaba en la parte opuesta del vestíbulo—. Está ahí dentro en la salita, totalmente tranquila.

—Voy a verla —dijo Bannion. Y salió del estudio de Deery. Dio unos golpecitos en la puerta del salón y una voz clara y controlada respondió:

—Pase, por favor.

Bannion maniobró el tirador y entró en una habitación muy limpia y ordenada, amueblada con cierta frágil elegancia e iluminada suavemente por dos lámparas de pie. La señora Deery permanecía sentada sobre un sofá de brocado con las manos juntas sobre su regazo. Las patas y el respaldo del sofá estaban recubiertas de un dorado brillante y el tapizado era de un amarillo luminoso que formaba un gracioso y alegre marco alrededor de la mujer. Volvió hacia él su pequeña cabeza y sonrió débilmente.

—Pase, por favor —insistió—. No tiene por qué pedir excusas. Sé que esto es inevitable.

—Gracias —dijo Bannion. Y sentándose en una silla muy poco en consonancia con su robustez, miró a la mujer desde el otro lado de la mesita baja que brillaba como un espejo—. No estaré más que unos minutos, se lo aseguro. Me llamo Bannion, Dave Bannion, y conocí a su marido en el servicio.

La señora Deery le escuchó atentamente torciendo un poco la cabeza hacia un lado. Daba la impresión de no querer perder ni una palabra de cuantas él pronunciaba.

—Sé que Tom tenía muchos amigos —dijo con suavidad.

—¿Quiere contarme lo que ha pasado aquí esta noche, por favor?

—No tengo inconveniente. Soy la mujer de un policía, señor Bannion. Y sé que todo esto es inevitable. Bien, Tom llegó a casa a las cinco y cuarto, como de costumbre. Si le conocía, debe saber lo puntual que siempre era. Estuvimos cenando y luego se fue a su estudio, que tenemos instala-

do en el dormitorio extra. Yo me puse a fregar los platos, y luego pasé aquí para coser y escuchar la radio.

Mientras su voz grave y amable sonaba en el silencioso y suavemente iluminado saloncito, Bannion trató de conseguir una impresión de su persona, del limpio, ordenado y pequeño mundo en el que Thomas Francis Deery había vivido y había muerto. Se dijo que le hubiera gustado tener a aquella mujer como testigo a su favor. Era inteligente y controlada, si es que ambas palabras no vienen a significar lo mismo. Tenía el talento de saberse dominar y la fortaleza para conseguirlo. Talento y fortaleza son un sinónimo muy razonable de inteligencia. Físicamente era pequeña, delgada y pulcra, con el pelo rubio ceniciento con mechaz grises en las sienes y una piel y unos ojos claros y frescos. Llevaba un traje negro con un clip adornado con una piedra de imitación y un fino anillo de compromiso con un diamante.

Todo en ella aparecía meticulosamente dispuesto y ordenado; sus pequeños zapatos negros de piel brillaban muy limpios; sus medias de nylon no mostraban siquiera el asomo de una arruga y el barniz de sus uñas y su maquillaje semejaban haber sido aplicados con gran meticulosidad, quince o veinte minutos antes. Y quizá fuera así, se dijo Bannion con cierta extraña sensación de malhumor.

—Desde luego, oí el disparo, y por un momento, unos pocos segundos tal vez, me quedé sentada, demasiado sorprendida para moverme —explicó ella, mojándose los labios y mirándose el dorso de sus esbeltas y blancas manos—. Llamé a Tom, pero no obtuve respuesta. Al entrar en su estudio, le encontré tendido en el suelo. Estaba muerto. Inmediatamente llamé a la Policía. —Diciendo esto miró a Bannion a los ojos.

—Debe haber sido un golpe terrible. ¿Parecía su esposo preocupado o alterado últimamente?

—No, yo no lo creo. Ya he explicado a los otros detectives todo lo relativo a su salud. Es lo único que pudo preocuparle. No teníamos otros problemas. Disponíamos de di-